



La Eucaristía para Santa Luisa de Marillac

La Encarnación y la Eucaristía.

La Eucaristía: herencia y tesoro

Hugo R. Sosa

Pontifical University of Gregoriana, Rome, Italy

huricarsosa@gmail.com

Abstract:

In commemorating the 400th anniversary of Saint Louise de Marillac's "Light of Pentecost," we explore the Eucharist's significance for her, particularly in relation to the Incarnation and as a cherished inheritance. Louise's faith journey, marked by loneliness, was profoundly influenced by notable spiritual figures and movements, shaping her deep prayer life and dedication to virtues like humility, simplicity, and charity. The pivotal "Light of Pentecost" experience transformed her spiritual path, leading her to collaborate closely with Vincent de Paul in charitable Works. In the 17th century, many Catholics misunderstood the Eucharist, but Louise, educated at the Royal Monastery of Poissy, developed a profound devotion to it. She emphasized proper dispositions for receiving Communion and Eucharistic adoration, reflecting a deep understanding uncommon for her time. For Louise, the Incarnation was driven by divine love, compelling her to emulate Jesus' humanity in simplicity and charity, seeing His life as a testament to God's boundless love.

Al conmemorar el 400 aniversario de la «Luz de Pentecostés» de Santa Luisa de Marillac, exploramos el significado de la Eucaristía para ella, en particular en relación con la Encarnación y como preciada herencia. El itinerario de fe de Luisa, marcado por la soledad, se vio profundamente influido por notables figuras y movimientos espirituales, que moldearon su profunda vida de oración y su dedicación a virtudes como la humildad, la sencillez y la caridad. La experiencia crucial de la «Luz de Pentecostés» transformó su camino espiritual y la llevó a colaborar estrechamente con Vicente de Paúl en obras de caridad. En el siglo XVII, muchos católicos malinterpretaban la Eucaristía, pero Luisa, educada en el Real Monasterio de Poissy, desarrolló una profunda devoción por ella. Enfatizó las disposiciones adecuadas para recibir la Comunión y la adoración eucarística, reflejando una profunda comprensión poco común para su época. Para Luisa, la Encarnación estaba impulsada por el amor divino, que la obligaba a emular la humanidad de Jesús en sencillez y caridad, viendo su vida como un testimonio del amor sin límites de Dios.

En commémorant le 400^{ème} anniversaire de la «Lumière de la Pentecôte» de Sainte Louise de Marillac, nous explorons la signification de l'Eucharistie pour elle, en particulier en relation avec l'Incarnation et en tant qu'héritage précieux. Le cheminement de la foi de Louise, marqué par la solitude, a été profondément influencé par des figures et des mouvements spirituels notables, façonnant sa profonde vie de prière et son dévouement à des vertus telles que l'humilité, la simplicité et la charité. L'expérience cruciale de la «Lumière de la Pentecôte» a transformé son chemin spirituel, l'amenant à collaborer étroitement avec Vincent de Paul dans des œuvres caritatives. Au XVII^e siècle, de nombreux catholiques comprenaient mal l'Eucharistie, mais Louise, éduquée au monastère royal de Poissy, a développé une profonde dévotion à son égard. Elle mettait l'accent sur les dispositions appropriées pour recevoir la communion et l'adoration eucharistique, reflétant une compréhension profonde peu commune à son époque. Pour Louise,



L'Incarnation était motivée par l'amour divin, l'obligeant à imiter l'humanité de Jésus dans la simplicité et la charité, voyant sa vie comme un testament de l'amour illimité de Dieu.

Keywords: Luisa de Marillac, Eucaristía, Encarnación, Adoración Eucarística.

En este año en que conmemoramos los 400 años de “la luz de Pentecostés” de santa Luisa de Marillac, con espíritu agradecido (eucarístico), queremos asomarnos a lo que para ella era la Eucaristía en relación al misterio de la Encarnación y como herencia y tesoro.

Algunas cuestiones preliminares

Abordaremos la Eucaristía para santa Luisa de Marillac, teniendo en cuenta principalmente “la Encarnación y la Eucaristía” y “la Eucaristía como herencia y tesoro”. Pero, antes de profundizar propiamente en los mencionados tópicos, me parece importante observar cuatro puntos preliminares:

1. Luisa de Marillac fue una mujer de fe que nunca caminó sola. Si bien, de alguna manera muy precisa la soledad marcó su vida desde su nacimiento: desconocimiento de la madre, internación temprana en el Monasterio de Poissy, viudez. Ella siempre buscó caminar con otros y, sobre todo, caminar con el Otro, el “Dios con nosotros”. En el camino de su vida fueron apareciendo movimientos y personas que han dejado huellas significativas en su proceso: El movimiento devoto, la escuela abstracta representada por Benito de Canfiel, la escuela de espiritualidad francesa representada por Pedro de Bérulle, su tío Miguel de Marillac, Francisco de Sales. Sus directores espirituales: Honorato de Champigny, Pedro Camús y Vicente de Paúl. Acompañada de las citadas personas e influenciada por los diferentes movimientos, en el caminar de Luisa de Marillac se revela un proceso en el que se pueden identificar diez líneas maestras. Nosotros buscaremos profundizar alguna dimensión de una de estas líneas. Ellas son como ventanas por medio de las cuales podemos asomarnos a la rica persona y espiritualidad esta gran mujer. Ninguna de ellas puede titularse como la principal y tampoco ninguna como la accesoria, cada una de ellas nos proporcionan una faceta importante y a su vez nos comunican con las otras dimensiones que aparecen en las demás líneas maestras.
2. Para comprender adecuadamente cualquiera de las líneas maestras, no podemos ignorar un acontecimiento central en su vida espiritual: La luz de Pentecostés. Profundizar en esta experiencia es acercarse al centro espiritual de una mujer creyente que pasó por “oscuras quebradas” (cf. Sal 22) pero pudo llegar a afirmar que “el Señor es su luz y su salvación” (cf. Sal 27). Todo cambia en Luisa a partir de aquella experiencia, y si bien la hermenéutica del hecho llevará tiempo discernir, ya nada será igual en su caminar. Se produce en ese tiempo el traspaso de sus compañeros de camino, Mons. De Camús se retira y deja lugar a Vicente de Paúl. Con éste último, se teje una cercanía que los convertirá en grandes colaboradores para organizar la caridad, para preparar a otros agentes de caridad, para apoyarse mutuamente, sin olvidar jamás que el protagonista principal es Dios, ellos son sólo instrumentos, por lo tanto, seguidores de Cristo Evangelizador.
3. Los dos puntos anteriormente mencionados, nos llevan a afirmar que Luisa de Marillac fue una persona de intensa vida de oración. Ésta experiencia espiritual parte del reconocimiento de Dios como “su todo”: “Oh Dios mío, tú eres mi Dios

y mi todo" (E. 12).¹ La relación que surge entre Luisa y "su todo" constituye la fuente y, a su vez, la motivación para vivir la oración. Ella tiene momentos precisos en la práctica de la oración e inculca a sus hermanas a hacer lo mismo, pero sobre todo podemos ver que ella es una persona de constante oración, ya que en las situaciones ordinarias de la vida busca cumplir la voluntad de Dios y, como Vicente de Paúl se preguntaba: "Señor, si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías en esta ocasión?" (SVP XI, 240), ella afirma en sus escritos: "He formado el propósito de, en toda ocasión dudosa, en la que no sepa cómo actuar, considerar lo que Jesús hubiera hecho" (E. 67). Por eso, su oración contemplativa se vuelve apostólica y redundante en beneficio de la comunidad y de los pobres, porque no se puede separar unión con Dios del servicio de los pobres, y este servicio se realiza en comunidad.

4. Esta mujer, de intensa vida espiritual, reflejó en la cotidianeidad de su vida la práctica de las virtudes, que tiene su centro en la experiencia de encuentro con Jesucristo Evangelizador. Al contemplar a Jesús en adoración, entrega y dependencia del Padre, a la vez que servidor y evangelizador de los pobres, descubre que para asemejarse a Él debe vivir las virtudes que practicó, por ello, el fundamento de estas prácticas en Luisa de Marillac (como también en Vicente de Paúl) es Jesucristo mismo. Luisa intuye que en las actitudes vitales del "servidor de los pobres" deben reflejarse principalmente la humildad, la sencillez y la caridad.

Dicho esto, nos centraremos en dos facetas relacionadas a la Eucaristía, de la línea maestra de la espiritualidad de Luisa de Marillac: La experiencia de la Eucaristía, tesoro y herencia de Jesús, el Señor.

I. La Eucaristía en el siglo XVII

Como vimos en uno de los puntos preliminares, Luisa de Marillac, estuvo influenciada por los movimientos de su tiempo, también esto es así respecto al sacramento de la Eucaristía. Para valorar aún más la espiritualidad de Luisa con respecto a la Eucaristía, recordemos que en el siglo XVII la Misa era muy poco comprendida para los fieles en general, no había una buena catequesis sobre la misma, la celebración se llevaba a cabo en latín y de espaldas al pueblo. Muchos católicos, a la vez que se llevaba a cabo la celebración, rezaban el rosario o realizaban algún acto de piedad; se cuenta de un dicho que circulaba desde el siglo XII: "quien mira la hostia en la elevación, será preservado ese día de muerte repentina, su casa y su henil estarán preservados del fuego y su ganado, de la peste"; entonces, mucha gente asistía a la Misa sólo por esta superstición; terminada la elevación, salían del templo. Por lo tanto, reinaba una ignorancia muy grande de parte de los católicos, debido también a la poca formación del clero.²

Luisa de Marillac no se identifica con la mayoría de los católicos de su tiempo, en este aspecto. Afirma Sor Infante: "En este tema, se sale de la práctica común de los fieles y manifiesta un conocimiento singular y superior al de muchos clérigos".³ ¿A qué se debe esta particularidad? Ella fue criada en un ambiente de profunda cultura general y religiosa, en el Real Monasterio de Poissy. Allí recibió una adecuada educación que la llevó a valorar la *Lectio Divina*, la visita y adoración eucarística, por lo tanto, recibió de la mano

¹ E.: hace referencia a los escritos y C. a las correspondencias que se encuentran en SANTA LUISA DE MARILLAC. Correspondencia y escritos. Salamanca: CEME, 1985.

² Cf. MEZZADRI, L., *El clero en la Francia de San Vicente* [en línea], <https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2708&context=vincentina>, [consulta: 11 de enero de 2022].

³ INFANTE, A., "Santa Luisa de Marillac y la Eucaristía": *Anales* 113 (2005) 482-491.

de las religiosas del Monasterio el amor y devoción a la Eucaristía, aprendiendo del valor de las disposiciones para recibirla, que más tarde compartirá con sus hijas. Las instrucciones que más tarde dará a las Hijas de la Caridad revelan que su experiencia eucarística durante su infancia y adolescencia ha sido positivamente significativa. Sin embargo, en relación a la práctica de la comunión, ella no se aleja de la costumbre de su época, y sí, también marcada por la espiritualidad reinante, da mucha importancia a las disposiciones para recibir la sagrada comunión.⁴

Si bien es grande la ignorancia del pueblo llano respecto a esta materia, tampoco debemos olvidar que éste es un siglo en el que se ha propiciado mucho el culto y la devoción eucarística. Los movimientos de la contrarreforma han favorecido el crecimiento de la devoción eucarística expresados en visitas y adoraciones al Santísimo Sacramento.

II. La Encarnación y la Eucaristía

Uno de los misterios que más ha meditado Luisa de Marillac fue el de la encarnación. En sus escritos, ella expresa que este misterio se lleva a cabo por “decisión eterna” y, a su vez, menciona tres motivos de la decisión de unirse Dios con el hombre: El amor divino, la naturaleza misma del hombre y la grandeza de Dios. Teniendo en cuenta el fin de nuestro ensayo, sólo nos fijaremos en el primer motivo. El amor divino es la causa que más veces repite en sus escritos, por lo tanto, todo parte del amor de Dios. Esta realidad del Dios-Amor es algo “esencial”: Dios es amor y no puede dejar de amar. Así lo expresa:

“El amor que Dios tiene a nuestras almas, procede del conocimiento que Él tiene de la excelencia del ser que les ha dado, y que participa del suyo; conocimiento que puede hacer conocer su grandeza, al ser un acto fuera de Dios igual, en cierto modo, al que produce en Sí mismo engendrando a la Segunda Persona de su divinidad; pero, puesto que nuestras almas no son Él mismo, el conocimiento que produce el amor que les tiene, le mueve a dignarse tener un cuidado paternal en guiar, en general, a las que se entregan por entero a los efectos de su santa voluntad” (E 88).

Benito Martínez concluye, luego de examinar las tres causas de la encarnación: “Santa Luisa, interpretando a san Pablo en Colosenses 1, 15-18, el motivo de la encarnación fue la unión del hombre con Dios; y el Verbo se hubiera encarnado, aunque el hombre no hubiera pecado”.⁵

La encarnación motiva a Luisa a contemplar la humanidad de Jesús, ya que “todas sus acciones no son más que para nuestro ejemplo e instrucción” (E 22). Por eso es capaz de ver toda la vida de Jesús como una expresión de la grandeza del amor de Dios (cf. C. 105). Se propone conformar su vida a la de Cristo, en paz, sin ansiedades, poniendo en el centro la humanidad del Señor:

“Honraré la paz que contemplo en el pesebre, con una disposición a tener saciedad en vez de ansiedad, en la posesión de Dios, que no se niega nunca al alma que le busca de verdad, adorando la divinidad en ese estado de la infancia de Jesús e **imitando cuanto**

⁴ Cf. *Ibid.*

⁵ MARTÍNEZ, B., *La Señorita Le Gras y Santa Luisa de Marillac*, CEME, Salamanca, 1991, 160.

pueda su santa humanidad, en especial en su sencillez y caridad, que le han movido a hacerse Niño para facilitar a sus creaturas el libre acceso a Él” (E. 23).

Una vez más se destaca, en el escrito, el primer motivo de la encarnación: la caridad, es decir, el amor de Dios, que como ya dijimos, es esencial al ser de Dios. Y, a su vez, atiende al fin de la forma en que se presenta el Dios encarnado a los hombres: “hacerse Niño para facilitar a sus creaturas el libre acceso a Él”.

Entonces, la encarnación es la expresión del amor de Dios, y es la única manera de comunicarse que Él tiene, ya que en esencia es amor (cf. Jn 3,16). Luisa une este gran misterio a la Eucaristía. Afirma:

“La inmensidad de su amor hacia nosotros no se contentó con esto, sino que, **queriendo unir inseparablemente la naturaleza divina con la naturaleza humana, la llevó a cabo después de la encarnación, en la admirable invención del Santísimo Sacramento del Altar**, en el que habita continuamente la plenitud de la divinidad en la segunda Persona de la Santísima Trinidad, y esta unión es medio para que el Creador se una a su creatura” (E 67).

En este breve escrito de Luisa se condensa con profundidad cómo concibe ella la Eucaristía. En primer lugar, destaca “la inmensidad de su amor hacia nosotros”. En sus escritos, es la fuente del que todo parte: la encarnación, la redención y también la eucaristía. A continuación destaca que es la expresión de unión continua e inseparable que Dios hace con la humanidad, y a partir de aquí llega a la siguiente conclusión: Es un misterio que continúa el gran misterio de la encarnación. De esta manera, el creyente que recibe la eucaristía, participa en la dinámica del amor encarnado, “es medio para que el Creador se una a su creatura”. Si bien aquí no lo expresa, pero ya sabemos que en su espiritualidad nada es sólo para sí misma, por lo tanto, esta unidad producirá la semejanza a Jesucristo, la Palabra encarnada, en la persona del comulgante, y así, se aprovechará de esta dinámica de amor, en primer lugar la persona que recibe “el Sacramento del Altar” pero, a su vez, también las personas a quienes se sirven.

El Catecismo de la Iglesia Católica, hablando de la “unidad del Cuerpo místico” como fruto de la eucaristía, también coloca el bautismo en un lugar preeminente, como también lo está en los escritos Luisa de Marillac:

“*La unidad del Cuerpo místico: La Eucaristía hace la Iglesia*”. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el bautismo. En el bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf. 1Co 12,13). La eucaristía realiza esta llamada: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque, aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1Co 10,16-17)”. (CEC 1396).

Por medio de la cita del CEC podemos constatar la actualidad de la doctrina eucarística de santa Luisa de Marillac.

La doctrina eucarística de san Vicente de Paúl va por la misma línea. Una de las citas del santo que más mencionamos los miembros de la familia vicentina justamente está en un contexto eucarístico, nos referimos a “el amor es creativo hasta el infinito”. Atendiendo al objetivo de nuestro trabajo, nos parece importante observar lo que Vicente expresa antes de esta frase. Si bien no se encuentra la palabra “encarnación”, sin embargo, de éste misterio habla al hermano moribundo y une a tal misterio el sacramento del altar:

“Ese enamorado de nuestros corazones, al ver que, por desgracia, el pecado había estropeado y borrado esa semejanza, quiso romper todas las leyes de la naturaleza para reparar ese daño... quiso, con el mismo proyecto de que le amásemos, hacerse semejante a nosotros y revestirse de nuestra misma humanidad” (SVP XI, 65).

A continuación, aparece la cita mencionada, y como Luisa, explicita el motivo de tal acto de amor, que no es otro que el amor de Dios e invita a que respondamos adecuadamente a ese amor:

“Además, como el amor es infinitamente inventivo⁶, tras haber subido al patíbulo infame de la cruz para conquistar las almas y los corazones de aquellos de quienes desea ser amado, por no hablar de otras innumerables estratagemas que utilizó para este efecto durante su estancia entre nosotros, previendo que su ausencia podía ocasionar algún olvido o enfriamiento en nuestros corazones, quiso salir al paso de este inconveniente instituyendo el augusto sacramento donde él se encuentra real y substancialmente como está en el cielo. [...]

Ya ve usted cómo se ha esforzado por todos los medios imaginables en conseguir que todos los hombres le amasen; por eso, tiene usted que excitar su corazón para pagar este justo y suave tributo al amor de un Dios que ha sido el objeto de todos sus planes sobre usted, y que para obtenerlo ha hecho todo lo que ha hecho con usted. Crea que el mayor presente que puede usted ofrecerle, es el de su corazón; no le pide nada más: *Fili, praebe mihi cor tuum* (Prov 23, 26)” (SVP XI, 65-66).

Así, san Vicente de Paúl y santa Luisa de Marillac comparten la doctrina eucarística uniéndola a otro gran misterio de la fe: la de la encarnación.⁷

III. La Eucaristía, tesoro y herencia

⁶ Uno de los escritos de Luisa de Marillac, sobre las disposiciones adecuadas para recibir la comunión, que tiene mucha cercanía a estas palabras de Vicente de Paúl es la siguiente: “Hemos de considerar qué motivo puede haber tenido Dios para esta acción tan admirable e incomprensible para los sentidos humanos; y, como no podremos encontrar otro que su puro amor, debemos, con actos de admiración, adoración y amor, dar gloria y honor a Dios en agradecimiento de este invento amoroso para unirse a nosotros” (E 99, n. 264).

⁷ También en las Reglas Comunes Vicente hace una relación práctica-pastoral entre encarnación y eucaristía. En el capítulo X, se lee: “Por la bula de fundación de nuestra Congregación debemos venerar de manera especial los misterios inefables de la Santísima Trinidad y de la Encarnación”. A continuación, se especifican los medios: Trabajar diligentes “con la palabra y con el ejemplo, por esparcir en las almas de las gentes el conocimiento, el honor y el culto de estos misterios” [...]. “Y porque, para venerar perfectamente estos misterios, no puede darse medio más excelente que el debido culto y el buen uso de la Sagrada Eucaristía”.

En los escritos de Luisa de Marillac, que se calcula sería de 1646, se encuentra una meditación sobre la pasión de nuestro Señor. En ella hay unas líneas dedicadas especialmente a la comunión pascual:

“La Sagrada Comunión del día de Pascua, única mandada por la Iglesia, me ha hecho pensar hoy que sus hijos iban a recibir el legado testamentario de su Esposo; lo que me ha parecido era un tesoro que durante todo el año iba a proveerme de cuanto necesitara, obligándonos a escoger la vida de Jesús Crucificado como modelo de nuestra vida, con el fin de que su resurrección sea para nosotros medio de gloria en la Eternidad” (E 33, n. 116).

Contextualizada esta meditación dentro de la meditación sobre la Pasión, consideraremos dos palabras que aparecen en ella: legado y tesoro; y también atenderemos la siguiente frase: “escoger la vida de Jesús Crucificado como modelo de nuestra vida”.

La vida cristiana es un regalo, un don gratuito, por lo tanto un legado que recibimos de Dios el día de nuestro bautismo. En esta misma línea de “legado”, Luisa de Marillac ubica la comunión pascual. En su meditación habla de esta celebración en el contexto pascual, sin embargo, cada comunión no deja de ser la entrega de este legado. Entonces, la eucaristía para Luisa es una herencia de Jesús Crucificado. Es el gesto de amor del Esposo que se preocupa por nutrir “a sus hijos [de la Iglesia]”, en palabras de Luisa. En el espíritu de la carta a la efesios, podemos decir: Es la expresión de amor del Esposo que alimenta a su esposa, la Iglesia, y así a cada una de las personas que integran esta comunidad de fe (cf. Ef 5, 25-27).

Desde el punto de vista jurídico la herencia implica una consanguineidad o una generosidad del que dona, en ambos casos, pero especialmente en el último, debe constar en un testamento. ¿Cuál es el caso de los cristianos respecto a la herencia que nos deja Jesús? Podemos ver desde las dos realidades. En el primer caso, podemos abordar desde la realidad de que el cristiano se convierte en consanguíneo de Cristo por el bautismo, ya que allí recibe el ser “hijo en el Hijo” (cf. Ef 1,5). En el segundo, como no podemos encapsular el amor, es posible afirmar que el amor de Dios, es decir “la herencia”, está disponible para quien quiera recibir, incluso antes de que participe de esa condición de hijos, concedida por medio del sacramento.

Esta intuición de Luisa, respecto a la eucaristía como “tesoro”, es un concepto presente en la tradición eucarística de la Iglesia, y queda de manifiesto en el magisterio por medio de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* de Juan Pablo II, en el número 25 se afirma: “La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia” (EE 25).

En su meditación Luisa expresa que recibir esta herencia y tesoro conduce a “escoger la vida de Jesús Crucificado como modelo de nuestra vida”. Herencia y tesoro conllevan una gran responsabilidad. La parábola de los talentos (Mt 25, 14-30), texto que está en el contexto literario inmediato de una perícopa muy afín a nuestro carisma, el Juicio Final (Mt 25, 31-46), y que para llegar a una adecuada hermenéutica no podemos leer una sin la otra, nos ayuda a comprender la dimensión de responsabilidad que implica recibir una herencia y un tesoro. Estas parábolas invitan a reconocer el momento (ahora) y responder adecuadamente ocupándose de los demás, por lo tanto, “escogiendo el modelo de Jesús crucificado como modelo de nuestra vida”, ya que Él ha vivido y enseñado todo esto, más aún, justamente porque es fiel a esta enseñanza y vivencia llega a la pasión, la narración de la misma sigue inmediatamente a las mencionadas parábolas (Mt 26-28). Estas parábolas y la invitación de Luisa no buscan atemorizar con fines escatológicos, sino, más bien, mantener la atención confiadamente y con decidida

fortaleza en el presente, con responsabilidad, ya que para esto hemos recibido los dones y talentos, por eso, podemos responder adecuadamente a esta invitación de “escoger el modelo de Jesús Crucificado”.⁸

Esta responsabilidad de haber recibido la “herencia y el tesoro” de la eucaristía, a Vicente de Paúl le lleva a invitar a la adecuada disposición para celebrar la eucaristía, es decir, “una viva comprensión del gran amor que Dios nos ha demostrado en este sacramento, y una correspondencia de amor por nuestra parte” (SVP X, 40). Ya hemos expresado anteriormente que Luisa y también Vicente, como hijos de su tiempo, van a insistir mucho en las disposiciones para recibir bien la eucaristía.

En consonancia con Luisa de Marillac que, meditando la eucaristía, invita a escoger “el modelo de Jesús crucificado como modelo de nuestra vida”, Vicente de Paúl pone acento en que la comunión con el Señor en la eucaristía nos hace semejantes a Jesucristo (cf. SVP IX, 228).⁹ Esta semejanza nos remite directamente a los pobres, ya que Jesús ha sido enviado a evangelizarlos, conducido por el Espíritu Santo. Este envío se concreta en atender las diferentes pobrezas: cautivos, ciegos, oprimidos, es decir, todas las miserias que impiden que la persona viva como un ser libre (cf. Lc 4, 14-22).

Conclusión

Somos conscientes de que queda mucho por investigar sobre la eucaristía en la vida de Luisa de Marillac. Pudimos ver que ella une el Sacramento del Altar con los misterios centrales de la fe cristiana: la Encarnación y el Misterio Pascual. También que su concepción de la eucaristía siempre la llevó al encuentro de los más pobres, testimonio de ello son las instrucciones a las Hermanas cuando viajan, que tiene que hacer la doble visita: A los enfermos en sus casas o del hospital y a Jesús Sacramentado.¹⁰ A su vez, podemos destacar que las especiales experiencias místicas que tuvo Luisa fueron en un contexto eucarístico (oyendo la Misa, al comulgar o después de la comunión).¹¹

Como Familia Vicentina, somos herederos del carisma de personas “eucarísticas”. Por eso, en primer lugar estamos invitamos a ser agradecidos por ello y, en segundo lugar, conocer sus pensamientos sobre este sacramento para vivenciarlo y actualizar la devoción que, a su vez también, como a ellos, nos llevará al encuentro del Cristo vivo presente en los pobres.

Referencias

- De Marillac, Luisa. 1985. *Correspondencia y escritos*. Salamanca: CEME.
- De Paul, Vincent. 1999. *Correspondence, Entretiens, Documents*. Vol. IX. Edited by P. Coste.
- Infante, A. 2005. “Santa Luisa de Marillac y la Eucaristía”: *Anales* 113, 482-491.
- Martínez, B. 1991. *La Señorita Le Gras y Santa Luisa de Marillac*, CEME, Salamanca.

⁸ Cf. SÖDING, J., *La novedad de Jesús, realidad y lenguaje en proceso pascual*, Buenos Aires, Ágape, 2012, 236-246.

⁹ “Otra señal infalible de una comunión bien hecha es, hijas mías, cuando vemos lo contrario de lo que os acabo de decir: cuando nos esforzamos valientemente en hacernos semejantes a Jesucristo en nuestro trato y en nuestras costumbres, cuando nos inclinamos fácilmente a la obediencia, cuando rompemos con nuestros apegos particulares, cuando nos resultan indiferentes todos los lugares a donde nos llama la obediencia, cuando solamente vemos el cumplimiento de la voluntad de Dios en todo lo que le gusta a Él que hagan con nosotros, bien sea que nos envíen a los pueblos, o que nos pongan en una parroquia, o que nos dejen en la Casa. Entonces, mis queridas hijas, podemos decir que realmente un alma ha hecho todo lo posible para disponerse a la recepción del Santísimo Sacramento” (SVP IX, 228).

¹⁰ Cf. C. 171 y E 75 n. 214-215.

¹¹ Cf. E. 16 n. 45; E. 27 n. 93; E. 103 n. 272; E. 109 n. 287.

- Mezzadri, L. 2000. *El clero en la Francia de San Vicente* [en línea], <https://via.library.depaul.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2708&context=vincentiana>, [consulta: 11 de enero de 2022].
- Söding, J. 2012. *La novedad de Jesús, realidad y lenguaje en proceso pascual*, Buenos Aires, Ágape.